

AL COMPÁS DE LOS PERCHERONES

Flory Otárola Durán

RESUMEN

La información consignada en el presente artículo se desprende de una investigación antropológica realizada en el año 2002, para optar por la Licenciatura en Antropología Social, cuyos ejes de reflexión y de interpretación fueron la muerte en la concepción occidental, el imaginario sobre la muerte y la ritualización de la muerte en la comunidad Católica, en San José, Costa Rica, durante el siglo XX. El artículo tiene como finalidad dejar escrita la historia de la Funeraria Polini desde la perspectiva de su propietario actual, en virtud de que las estrategias desarrolladas por ésta a través del siglo XX, marcaron grandes cambios en la ritualización de la muerte dentro de la tradición católica urbana costarricense, según se pudo constatar en la investigación. Los datos fueron recopilados a través de la entrevista a profundidad aplicada al señor Arturo Loría, propietario de la Funeraria, y a algunos feligreses y sacerdotes católicos cuyas opiniones de dos de ellos se consignan en este artículo. Sin embargo, no se incluyen las opiniones de clientes potenciales de la empresa mencionada.

ABSTRACT

The information consigned in the present article is taken from an investigation, for obtaining a degree of social anthropology, carried out in the year 2002, and for which the reflection and interpretation axis were the occidental concept of death, the imaginary on death, and the ritualization of death in the Catholic community of San Jose, Costa Rica during the twentieth century. The purpose of the article is to maintain in writing the history of Funeraria Polini from the perspective of its current owner, in virtue that the strategies developed through the Twentieth Century by this Mortuary marked big changes in the ritualization of death within the costarican urban catholic tradition, as it was confirmed through the investigation. The data was gathered through an extensive interview given to Mr. Arturo Loría, owner of the Mortuary, as well as to some church goers and catholic priests; the opinion of two of them are consigned in the article. Nevertheless, not included in the article is the opinion of some of the company's potential clients.

Palabras clave: muerte, funeraria, ritual, coches fúnebres.

1. Introducción

Durante los siglos XVI y XVII imperó en Costa Rica la costumbre, heredada de la Europa medieval, de enterrar a los muertos dentro de las iglesias. Las más importantes para llevar a cabo las inhumaciones eran la Parroquia de Cartago y la del Convento de

San Francisco, en esa misma ciudad y, posteriormente, se realizaron enterramientos en otras iglesias como la de los Ángeles, la de San Bartolomé de Barva, o bien en algunas ermitas como la de Nuestra Señora de la Soledad y la de San Nicolás de Tolentino, situadas en las afueras de la ciudad de Cartago (Velásquez, 1996: 131).

Dicha costumbre, sin embargo, fue prohibida en Europa según la Real Cédula del 27 de marzo de 1792 y se propuso la instalación de las necrópolis fuera del poblado por cuanto sepultar a los muertos dentro de las iglesias se convirtió en un problema de salud pública: “*En ciertas estaciones del año eran tantos los que se enterraba que en algunas iglesias apenas podía pisarse sin tocar sepulturas blandas y hediondas...*” (Moya, 1975: 35). La prohibición se reitera por Real Orden del 6 de noviembre de 1813 y es aplicada también al Nuevo Mundo (ACM, S. G. 10716).

Es así como en Costa Rica, en 1814, el Gobernador Ayala comunica al Capitán General de Guatemala la lista de poblaciones en las cuales ya se habían establecido lugares, en despoblado, para la inhumación de sus habitantes. A partir de esa fecha se ubicaron los cementerios a un lado de las iglesias y se prohibía sepultar en ellos a las personas que no profesaran la Religión Católica. La Iglesia Católica tenía a su cargo la administración absoluta de los cementerios, desde los tiempos de la Colonia, y hacía prevalecer el Derecho Canónico en los asuntos del sepelio. Estas disposiciones provocaban severas dificultades a quienes debían enterrar personas no católicas o aquellos difuntos considerados “indignos” por la Iglesia como los judíos, los turcos, los paganos, todos los infieles e incluso los niños que no hubieran sido bautizados; los herejes que profesaran abiertamente sus “errores” y sus defensores; los ateos, los excomulgados; los que se suicidaban, aquellos que no se hubieran confesado y comulgado al menos una vez al año, quienes vivían en concubinato, adulterio, fornicación y otros delitos.

En consecuencia, en 1839 se dejó insepulto por varios días a un extranjero de apellido Cotheal y, en 1870 se inhumó a don Francisco Zurrón en un potrero por no profesar la fe católica (Blanco, 1983:134). No obstante, para evitar situaciones similares, el 23 de mayo de 1870, el Estado emitió un decreto en el que se dispuso destinar terrenos, en cada población, para sepultar a los no católicos y construir capillas en ellos para realizar el culto. Asimismo, en 1884, mediante el decreto XXIV del 19 de julio, con

base en la Reforma Jurídica que buscaba modernizar la legislación existente, se secularizan los cementerios por cuanto para algunos miembros del grupo de poder les era muy desagradable la prohibición de sepultar en ellos a quienes no profesaran la fe católica. Además, se establece que siempre que las condiciones económicas lo permitan, la Municipalidad, o la Junta de Caridad respectiva, deben establecer un cementerio y procurar los medios adecuados para el traslado de los cadáveres.

Para esa época, la ciudad de San José contaba ya con varias necrópolis tales como el Cementerio Antiguo, llamado también Cementerio del Cólera o Parque Bruno Carranza (1856); el Cementerio de Extranjeros (1850), el Cementerio General (1862), y el Cementerio Calvo, construido en la segunda mitad del siglo XIX (Otárola, 2002: 170). En un inicio, el traslado de los difuntos josefinos a sus “moradas santas” se llevó a cabo en hombros o utilizando modestos carretones tirados de un caballo que algunas pequeñas fábricas de ataúdes tenían. Pero en 1892 nace la Funeraria Polini, primera funeraria en San José, que además de vender las cajas mortuorias ofrece el servicio de traslado de los muertos hasta su última morada, en lujosos coches fúnebres, traídos de Francia, y halados por caballos percherones¹ elegantemente ataviados. Esta nueva forma de despedir a los difuntos inicia una distinción social entre los josefinos de aquella época en virtud de que el servicio solamente lo podían pagar las familias más adineradas. En consecuencia, la Polini, además de ser pionera en brindar un servicio, desde finales del siglo XIX, hasta entonces desconocido en la capital, a través del siglo XX impulsó procesos de cambio que marcaron directrices en el manejo de la muerte en San José y lugares aledaños. De ahí que sea importante analizar esos cambios ocurridos a la luz de la misma historia de la Funeraria, como parte de la historia del josefino, en particular, y del costarricense en general, la cual ha sido recopilada gracias a la invaluable información brindada por su actual propietario, el señor Arturo Loría, quien gustosamente accedió a ser entrevistado y también algunos testimonios de personas que fueron consultadas al respecto.

2. La Funeraria Polini

La Funeraria Polini abrió sus puertas en San José, en el año 1892, en un edificio de adobes situado al costado este del Hospital San Juan de Dios, propiedad de don Román Macaya, con entradas tanto por la Avenida Central como por la Segunda, y permaneció ahí por más de medio siglo. Aunque no se pudo comprobar a ciencia cierta, quién fue el fundador de la funeraria, parece haber sido un señor de apellido Polini, pero de acuerdo con el señor Loría, su padre se la compró a un señor llamado Antonio Sobrado, en el año de 1951, quien a su vez la había adquirido de un dueño anterior que bien pudo haber sido el propio fundador.

En el gran edificio se estableció la fábrica de cajas fúnebres y sirvió también, en algunas ocasiones, de lugar de descanso para los caballos, que venían halando el coche desde la caballeriza situada en Paso Ancho antes de iniciarse el sepelio correspondiente. Posteriormente, con el fin de trasladar la caballeriza, la familia Loría arrendó una finca de veinte manzanas, propiedad de una familia Aguilar Montealegre, donde actualmente está el Colegio de Abogados, en Zapote, por un alquiler de trescientos colones al mes, suma que perduró hasta que los dueños solicitaron el inmueble para ser urbanizado. Entre 1954 y 1955, sus propietarios construyeron el edificio que la funeraria ocupa actualmente, frente a la Cruz Roja Costarricense; trasladaron la fábrica de ataúdes junto a la caballeriza, e iniciaron una nueva etapa en los servicios funerarios prestados.

2.1. La fábrica de ataúdes

La Funeraria Polini vendía cajas fúnebres de colores morado, gris y blanco y, posteriormente, introdujo el color café. La mayor parte de ellas eran forradas en peluche, pero también usó un tipo de franela, de los mismos colores mencionados, cuyo precio las hacía más accesibles a las personas de escasos recursos, quienes muchas veces hasta se la llevaban en hombros para su casa. De acuerdo con el señor Loría, el bajo costo de estos ataúdes se

debía a que la franela costaba cinco colones el metro, pero aunque eran muy solicitados, poco a poco, fueron desplazados por los de peluche a pesar del incremento en el precio. Lo anterior se puede corroborar en un anuncio de la Polini, aparecido en el Diario de Costa Rica del 27 de enero de 1926, que dice lo siguiente: “Funeraria Polini / Teléfono 14 / Gran rebaja de precios / Servicio con caja y carro desde C². 20 / Cajas solas desde C. 15.”

Posteriormente, entre los cambios que la Polini ha implementado a lo largo de su historia, precisamente la fábrica de ataúdes experimentó algunos de ellos. De acuerdo con el señor Loría, en un inicio, la adquisición de la madera era sumamente compleja. Primero debían comprar el árbol en pie, generalmente de jaúl, luego voltearlo, sacarlo del lugar hasta el aserradero y, posteriormente, llevar la madera a la fábrica. Con el tiempo, este proceso llegó a ser tan complicado que decidieron simplificar el trabajo comprando la madera puesta en sus talleres. Pero, en las últimas décadas del siglo XX, surgen algunas fábricas como un negocio independiente de las funerarias y se convierten en las innovadoras de cofres de madera con finos acabados. Cuando empiezan a aparecer estas cajas de madera, las forradas en peluche y fabricadas por la Funeraria se solicitan cada vez menos, aunque su precio es muchísimo menor que aquellas, lo que hace que esas fábricas se conviertan en proveedores tanto de la Polini como de la mayoría de las funerarias que para entonces habían surgido ya en la Capital.

Es importante mencionar que, en el pasado, los propietarios de la Funeraria aliviaban las congojas económicas de los familiares del difunto brindándoles “fiada”, o a crédito, la caja y, algunas veces, hasta el servicio completo. No obstante, en muchos casos, después de enterrado el muerto, los deudos no se volvían a hacer presentes para cancelar la deuda, lo cual provocó que los propietarios de la Funeraria perdieran grandes sumas de dinero, según lo confirma el señor Loría:

“Antes sí había mucho crédito y se perdió mucha, mucha plata... Había gente, imagínese usted, que le recogíamos el difunto en la casita de ellos... hacían el entierro, verdad, y entonces me decían que les pasara la cuenta a su casa

dentro de tres, u ocho, o quince días y cuando pasábamos a la casa ya no vivían ahí y nadie sabía a dónde se habían pasado... en fin, y eso lo hicieron muchísimas personas... Ahora, las cosas han cambiado mucho; ahora el Seguro Social ayuda con una cuota a los asegurados, eso ya alivia un poco a la gente; aunque les da la plata hasta después de que está cancelada la cuenta, que es como que le presten a uno el paraguas cuando ya dejó de llover, pero bueno, así es Costa Rica y hay que respetarlo.”

2.2 Las carrozas fúnebres y los percherones

Desde principios de siglo XX la Funeraria Polini llevaba a cabo los entierros de la gran mayoría de los acaudalados josefinos en majestuosos coches fúnebres, con vidrieras finamente labradas, y tirados por enormes caballos percherones de color negro, elegantemente ataviados, que marcaban el paso del sepelio. De acuerdo con los recursos económicos del difunto, así sería el entierro. Se ofrecían servicios funerarios con uno, dos o tres troncos, lo que equivalía a un coche tirado con dos, cuatro, o seis caballos respectivamente y sobre sus lomos colgaban elegantes mallas en estricta concordancia con el color de la caja fúnebre así como con el penacho que llevaban sobre sus cabezas. Además, del coche fúnebre, se ofrecía el landó, que era un cochecito, abierto, tirado también por dos caballos, en donde se colocaban las coronas. La Funeraria contaba con cuatro coches fúnebres y cuatro landós, según lo manifestó su propietario.

Una señora de 96 años, consultada al respecto afirmó lo siguiente: “*Si usted tenía plata iba en coche, con caballos... de dos parejas, si no una, pero eso sólo la gente que tenía mucha plata, los pobres no podían hacer eso... los pobres... el cuerpo salía de la casita, lo pasaban a la Iglesia pero nada más*”. Igualmente, un sacerdote de 83 años refiriéndose a los entierros con coches fúnebres, señaló: “*...eso se terminó, eran muy lindos... los coches con caballos especiales traídos de no sé dónde... unas veces con un par, o dos, o tres pares, según la plata del muerto, según el presidente que mataban, sí... y los cocheros uniformados y con bombín, ese sombrero alto; iba uno arriba (del coche) y*

otro abajo, ‘el diestro’ lo llamaban, para que velara sobre todo en las esquinas...”

Comentaba el señor Loría que en Costa Rica solamente había dos cocheros que podían manejar un coche de tres troncos pues con solo una rienda se debían dominar los seis caballos, tarea que según sus palabras “*era sumamente difícil*”. Los entierros más usuales llevaban un solo tronco, pero tampoco eran accesibles para todos pues el costo promedio, al finalizar la década de 1950, era más o menos de mil doscientos colones. En 1978, el más pomposo costaba tres mil quinientos colones, según relata don Arturo: “*Imagínese usted, que en tiempos de Carazo³, eso fue en el 78, valía tres mil quinientos pesos el más fino pero sin ir a afuera... no, no, estamos hablando del área metropolitana, pero, bueno, es que en esa época eso era plata...*”

Pero, a pesar de la majestuosidad de los percherones y la belleza de los coches franceses con vidrios labrados, llevar a cabo un sepelio en aquella época, según el señor Loría, era un trabajo inimaginable para cualquiera. Había veces que debían llevar a cabo funerales en algunas provincias, como Heredia y Alajuela. Eso significaba empezar de madrugada para llegar al medio día a su destino pues la faena era muy dura. Todo el equipo era transportado en grandes camiones de carga: los caballos, el coche, el landó con las coronas, el catafalco. Al recordar el señor Loría, comenta de un entierro “*muy grande*” que hicieron en la provincia de Alajuela, por el cual cobraron siete mil colones:

“Quince personas tuvieron que trasladar todo el equipo en siete camiones pues había que ‘vestir’ diez caballos, transportar tres coches, el catafalco llamado ‘romano’ que para poder montarlo en una iglesia se necesitaban ocho horas. Era como de película, de esos así, llenos de grandes vestidos por todos lados; cortinajes rojos, terriblemente pesados”.

Igualmente, si el entierro era dentro del perímetro de San José debían caminar muy despacio pues los coches eran muy delicados. Conforme fue pasando el tiempo, estos sepelios llegaron a convertirse en problemas muy serios; obstaculizaban el tránsito de los vehículos y quedaba mucha suciedad en las calles por las boñigas de los caballos. De ahí que los dueños

de la Polini decidieron implementar un nuevo cambio en la forma de transportar a los difuntos josefinos a su última morada y, entre 1953 y 1957, empezó una transición de coches fúnebres a carrozas automotores (Ver factura de 1953) hasta que, finalmente, desaparecieron los elegantes percherones que con sus grandes patas marcaron el compás en los entierros de tantos costarricenses.

No obstante, los percherones pasaron a servir, una vez más a los costarricenses desde otra dimensión social. Al quedar establecido el nuevo servicio automotor para el traslado de los difuntos al cementerio, la familia Loría contribuyó con un proyecto de sueros antiofídicos del Capitán Flower⁴, al que regalaron alrededor de diez y ocho caballos percherones. Pero lamentablemente, los elegantes coches que contribuyeron a tejer parte de la historia funeraria de este país, pues condujeron a comerciantes, empresarios, presidentes y otros costarricenses hasta su último destino, no encontraron cabida

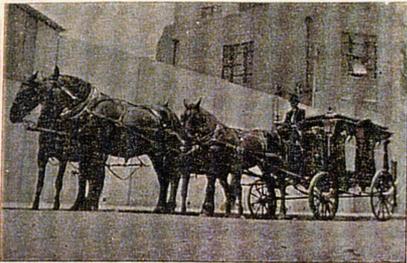
en ninguna institución que quisiera preservar el pasado para mostrarlo a las generaciones siguientes. Según las propias palabras del señor Loría “terminaron deshaciéndose. No hubo quien las cogiera”, y agrega:

“Mire nosotros fuimos al Museo... estaba comenzando el Museo, usted se acuerda del Bella Vista, verdad, donde quedó el Museo. Pues fuimos ahí, les dijimos señores tenemos dos coches franceses, con todo tallado, que queremos regalarles para que queden para la historia. ¿Sabe qué nos contestaron?... ‘No hay campo para tenerlos aquí’... Pero, era el museo, un museo que estaba en aquél momento iniciándose... bueno, eso era la historia de Costa Rica, ahí se enterró todo el mundo de la primera mitad del siglo XX... Cómo es posible que no tuvieran interés de guardar un par de objetos de esos..., regalados, regalados...”

Las capillas de velación

En Costa Rica no se acostumbró velar a los muertos fuera de sus casas hasta que, entre 1953 y 1954, la Funeraria Polini rompió con esa

FUNERARIA POLINI LTDA.



TELEFONO 2014 No.

San José, C. R., *Marzo - 7 -* de 1953.

Sr. *Don Augusto Durán*

Pte

285770 Universal DEBE:

<i>Servicio de funerales de dona Enríeta Chacón Chacón de Durán, con caja redonda especial café y auto-carroza al cementerio</i>		<i>\$ 12.00.00</i>	
<div style="border: 2px solid purple; border-radius: 15px; padding: 5px; display: inline-block;"> <p style="margin: 0;">FUNERARIA POLINI LTDA. SAN JOSÉ, C. R.</p> <p style="margin: 0; font-family: cursive;"><i>A. Sobrado</i></p> <p style="margin: 0; font-weight: bold; font-size: 1.2em;">CANCELADO</p> </div>			

tradición al introducir salas de velación en su edificio. En un principio este proceso fue lento; cuando el difunto se sacaba del hogar, socialmente se repudiaba a la familia. Una entrevistada comentaba que *“eso era como llevar a ahora a la madre a un asilo de ancianos”*, lo cual significa deshacerse del familiar. Igualmente el señor Loría comentó que *“a la gente, al principio, le costó mucho aceptar la idea; no fue un cambio fácil... en aquél momento traer uno (a la sala de velación) a la persona que fallecía en la casa, en cierta forma comenzó siendo un irrespeto, traerlo para acá...”*. Pero con el correr del tiempo esta práctica se vino a ver como una alternativa para la familia doliente en virtud del espacio en las casas, en algunos casos, y de un mejor manejo de la situación que conlleva la vela del difunto.

Probablemente, los josefinos más adinerados fueron los primeros en servirse de esa práctica puesto que utilizar la capilla de velación encarecería más el costo del sepelio. Este proceso se inició más que todo en el centro de San José; los feligreses de los suburbios no trasladaron sus muertos a la funeraria hasta mucho tiempo después. No obstante, los rituales de la vela seguían siendo los mismos en las casas que en la Funeraria, que pagaba rezadoras “para enviar el alma del difunto al Cielo”. De tal manera, a intervalos durante la noche, se escuchaba el “ruega por las ánimas” tanto como el llanto de dolor de los deudos.

Con el transcurso del tiempo las capillas de velación, innovadas por la Polini se introdujeron en otras funerarias en todo el país y, actualmente es más frecuente su utilización para las velas que las salas de las viviendas.

El catafalco

El catafalco era una mesa grande, de color negro, rodeada de cortinajes, que se colocaba en el centro de la iglesia para poner el ataúd mientras se hacían las exequias. Al inicio del siglo XX eran verdaderos espectáculos teatrales. El llamado “catafalco romano” demandaba hasta ocho horas de confección, pues llevaba grandes cortinajes alrededor, sumamente pesados,

que formaban una especie de capilla. Con el tiempo se simplificaron; se suprimieron las cortinas negras y la mesa pasó a colocarse al frente del Altar Mayor. Posteriormente, se convirtieron en una mesa sencilla y ahora son plegables y rodantes.

Otro de los cambios que la Funeraria Polini introdujo en la cultura funeraria costarricense fue en relación con el color negro del catafalco. Al respecto, señala don Arturo:

“Cuando nosotros compramos (se refiere a la Funeraria), (los catafalcos) eran negros, todo era negro... o sea, el funeral significaba negro. Nosotros comenzamos a quitar esa idea del color negro, entonces ya comenzamos a hacer catafalcos de colores serios, pero en colores. Ya comenzaron a haber catafalcos cafés, grises... muy lindos. En aquél tiempo comenzó a venir la formica que es como madera, pero que no es madera, entonces comenzamos a hacer catafalcos de formica, muy, muy bonitos y cambió mucho el concepto”.

Conclusiones

Es evidente, que a la luz de la historia de la Funeraria Polini, se demuestra la influencia de los servicios tanatológicos en los cambios que se dieron en la ritualización de la muerte en Costa Rica, en el siglo XX.

Al inicio del siglo, el servicio funerario lo constituía la caja mortuoria, el coche fúnebre, conducido por aquellos percherones elegantemente vestidos de acuerdo con el color del cofre, y el landó, adornado con blancas coronas de flores “con olor a muerto”. Pero luego, en la segunda mitad del siglo XX, la Polini introdujo las carrozas automotores y el uso de las capillas de velación, acompañadas de coloridos arreglos florales que sustituyen a las coronas de calas blancas. Asimismo, la forma del ataúd va cambiando paulatinamente y se ponen de moda estilos y materiales como el peluche y, más tarde, la madera.

El uso del servicio funerario a lo largo del siglo XX, generalmente reflejó la posición económica del difunto. En la primera mitad de la centuria, los difuntos de escasos recursos eran llevados en hombros hasta su última morada, mientras que aquellos que los tenían, eran transportados en un elegante coche fúnebre. No

obstante, uno, dos, o tres troncos de percherones, lujosamente ataviados, marcaban diferencias entre los difuntos y su estatus. También, después de que la Polini introdujo las carrozas automotores y el uso de las capillas de velación, el número de arreglos florales y el estilo del ataúd incrementaron los precios del sepelio.

Así, hablar de la Funeraria Polini es hablar de la muerte, pero también es hablar de historia y de cambio. La Polini, durante más de cien años, ha tenido en sus manos la conducción del último ritual de los mortales josefinos y de pobladores de algunas otras regiones del país, marcando pautas e innovando servicios que han dejado su huella. Es decir, gran parte de la historia de la muerte en Costa Rica está marcada con el sello de la Funeraria Polini. Lamentablemente, de acuerdo con el dueño de la funeraria, centenares de fotografías que enriquecían y revelaban más de cerca esa historia, fueron saqueadas de sus archivos. Por fortuna, las bibliotecas públicas resguardan mucha información periodística, que incluye fotografías sobre los sepelios de grandes personajes de la patria de esas épocas, como políticos, expresidentes y empresarios, de los cuales algunos fueron llevados a cabo por la Funeraria Polini. Esto, aún cuando se trata solamente de una parte de la historia, es una fuente testimonial del aporte de la Polini a la cultura funeraria urbana costarricense de antaño.

Sin embargo, queda para futuros investigadores contribuir a la reconstrucción de la historia funeraria de Costa Rica a través de otras fuentes, como la historia oral aplicada a usuarios de esos servicios.

Notas

1. Caballos de una raza corpulenta que se utilizan para el tiro.

2. Léase colones
3. Presidente de la República
4. Apellido escrito como fue pronunciado por el informante.

Referencias bibliográficas

- Archivos Nacionales de Costa Rica (Serie Gobernación N° 19716). San José, Costa Rica.
- Blanco Segura, Ricardo. (1983). *1884, El Estado, la Iglesia y las Reformas Liberales*. San José, Costa Rica, Imprenta Nacional.
- Moya Gutiérrez, Arnaldo. (1992). "El rito mortuario en el Cartago Dieciochesco". En: *Revista de Historia*. 1(1). Págs. 23 a 52. Heredia, Costa Rica, EUNA, Editorial de la UCR.
- Otárola Durán, Flory. (2002). "Una visión antropológica sobre la muerte en la Comunidad Católica, en San José, Costa Rica, durante el siglo XX". Tesis para optar por el grado de licenciatura en Antropología con énfasis en Antropología Social. Universidad de Costa Rica.
- Velásquez Bonilla, María Carmela. (1996). "Las actitudes ante la muerte en el Cartago del siglo XVII". Tesis para optar por el grado de Magíster Scientiae en Historia. Universidad de Costa Rica.

Fuente oral:

- (2001). Sr. Arturo Loría.